

### III.

Al regresar Noris á la habitación en que soñó volver á encontrarse con su padre, experimentó una sensación desesperada de aislamiento y vacío: parecióle que su adorado padre había muerto, y que nunca volvería á sentarse junto á ella. Sollozando, cerró la puerta de la alcoba en que ella creyera que dormiría aquella noche; aquella alcoba oscura y fría á la sazón. Encendió una lámpara, y contempló un momento con ojos llorosos un retrato de Feraud, en que se representaba á este moreno, grueso y barbudo; pero de aspecto tímido y honrado. ¡Querido padre! ¡Sólo á aquel retrato podría la joven besar por las noches antes de dormir!

Y permanecía fija ante aquel retrato, hablándole en voz baja, mientras que por la entreabierta puerta se escuchaba ir y venir á la buena Victorina, llevando el servicio de mesa. Entonces recordó que había encargado para Feraud uno de sus platos predilectos, un pollo, que Victorina había prepara-

do la víspera, y que aguardaba á quien no había de acudir. Noris sintió que el corazón se le oprimía al penetrar en aquel comedor donde se había puesto cubierto para su padre. La criada acababa de encender la lámpara de cobre que colgaba del techo, y la luz, débil aún, caía sobre aquel puesto vacío, aquella silla sin dueño, aquella servilleta doblada, aquel cubierto inútil que Feraud no había de tocar.

—Llévate eso, Victorina (dijo Noris dulcemente); me hace daño verlo.

—Pero la señorita cenará.

—No tengo ganas.

—Sin embargo, es preciso comer y sostenerse.... Hace poco me lo decíais en el coche.... La sentencia no es definitiva.... Gracias á Dios, ¡aún hay esperanzas!

Dinorah comió maquinalmente algunos bocados, porque le urgía escribir á aquel príncipe de Chantenay que encarnaba para ella todas sus esperanzas á la vez, y que frecuentemente le había dicho con una voz muy dulce: «¡Señorita, yo soy vuestro mejor amigo!»

—Un amigo.... En el pensamiento de Noris, en sus sueños secretos de doncella, el príncipe René Beaumartel de Chantenay era algo más que el amigo fiel: era el ideal vivo de los sueños de la colegiala que edifica un porvenir al convertirse en mujer. Sin que él lo supiese, era la novela de aquella cabecita morena, exaltada y encantadora.

Noris reunía en sí las buenas cualidades y los defectos de las dos razas de que procedía: era apasionada como su madre la criolla, y soñadora como el bretón que durante toda su vida había mezclado

las aventuras exóticas con las hermosas ficciones de la antigua Galia. Por ley natural, tal vez se asemejaba más á su padre. En aquella alma y aquel cerebro de joven había el mismo romanticismo, las mismas quiméricas ilusiones que en la cabeza gris de Eugenio Feraud: soñaba como él en eldorados fantásticos, y ambicionaba, no la gloria que su padre había ambicionado, sino el amor. ¡Era digna hija de aquel forjador de novelas imposibles! Ella se forjaba también aventuras inverosímiles, de las que habían sido pagadas á su padre á tanto la línea, y que ella podría acaso pagar á tanto de lágrimas por pulsación de fiebre.

Desde sus primeras lecturas en aquel ambiente particular que la envolvía en libros y papeles ennegrecidos, desde sus primeros sueños de niña, que crecían con ella, había visto pasar, iluminado por la luz crepuscular, al príncipe encantador de los cuentos de hadas, al príncipe azul del mundo de los encantos. No tenía aún diez y seis años, y soñaba con él; aparecía, sonreía, mostraba su hermoso traje, y se evaporaba como el agua del charco ante el calor solar. Ella no sabía cómo se llamaba, ni dónde vivía, ni si era rubio ó moreno, el príncipe azul de sus sueños de niña y de joven; pero sabía que habitaba en el mundo, acaso muy cerca de ella, y esperaba encontrarle, para decir:

—Aquí está.... Le he reconocido, y le amo.

Acaso, sin embargo, no le encontraría nunca, pues Dinorah sabía que no habitaba el país de las hadas. Y se resignaba diciendo que si el príncipe azul no pasaba por su lado, se consolaría amando al príncipe de aquellos cuentos que le referían Victorina y su padre, y seguiría amando al príncipe de

la montaña de marfil, del pájaro azul y de los jinetes del amor.

Noris se dejaba mecer por aquella dulce voluptuosidad de lo imposible, de la magia y del sueño. Su príncipe azul podría muy bien no ser príncipe, con tal de poseer el don de hacerse amar.

Y Noris le aguardaba sonriente, mientras hacía el lazo de la corbata á su padre ó le levantaba el cuello de la levita, diciéndole:

—Ponte elegante, que quiero que seas hermoso, hermoso....

—¿Como el príncipe azul?—decía el viejo, sonriendo también por los sueños de su hija.

Aquella niña, convertida en mujer, se había turbado un día pensando en el guapo joven, elegante aunque algo altanero, á quien había conocido en casa de Vérignon, y cuyas miradas á la par simplicantes y duras se habían fijado en ella.

Las primeras veces que le había visto no había preguntado su nombre, y cuando le habían nombrado «príncipe de Chantenay», Noris se había echado á reír, después había palidecido, sintiendo escalofríos en la epidermis, y conmovida, temerosa hasta la superstición, había vuelto á su casita de la calle Brochant, deletreando las sílabas de aquel nombre: *¡príncipe de Chantenay!*

¿Sería acaso el príncipe azul?

Noris le había vuelto á ver varias veces en casa del fundador de la sociedad minera de Sierra-Fuente, donde éste reunía, como todos los poderosos improvisados y millonarios de casualidad, á «todo París», ya que no á todo el mundo. El príncipe de Chantenay, joven á la moda, muy conocido, y cuyos vestidos y gemelos de camisa causaban sensa-

ción entre los *reporters* de la *high life*, concurría gustosamente á aquellas reuniones. Despreocupado por carácter, los artistas le divertían, los rentistas podían serle útiles, y lo mismo mataba el tiempo en casa de Vérignon que en el círculo: ya se llamase la mujer la señorita Feraud, ya Blanca Tripier, tan contento hablaba con la una como con la otra. Tampoco le disgustaban á veces las conversaciones serias, para variar de las sostenidas en los escenarios de los teatros pequeños y en los palcos de la Ópera. Á los veintitres años estaba ya cansado de las muchachas á la moda y de las mujeres mundanas.

Vérignon debía tener algún segundo pensamiento respecto de aquel príncipe al invitarle á sus *soirées*, cuyas descripciones daban ancho campo á los revisteros. El Príncipe, como era rico, se dejaba ver algunas veces en la Bolsa y podía muy bien meditar alguna operación financiera. «Príncipe Beaumartel de Chantenay.» Hermoso nombre para figurar en un prospecto. Entre tanto, el Príncipe iba allí, como á todas partes, arrastrando su vida, descansando del club en casa del banquero, y burlándose, al volver al club, del Turcaret de quien acababa de separarse.

Lo que más le agradaba en casa de Vérignon era aquella hermosa muchacha, rara, inquieta, llena de atractivos, que asistía del brazo de aquel buen hombre de barba gris, encorvado y torpe. ¡Era encantadora aquella Noris Feraud!

—Un verdadero tipo es la pequeña,—decía el Príncipe.

La «pequeña» era alta, gallarda como una figura del Renacimiento, algo flaca, pero deliciosa; los cabellos ensortijados á ambos lados de la frente,

según la moda del primer Imperio, grandes y negros ojos investigadores y crueles al parecer, hasta en sus sonrisas, y, en realidad, muy buenos y muy francos; la nariz fina y algo larga, una cabeza de árabe morena, los labios arqueados, irónicos é inquietos; Chantenay encontraba en aquella fisonomía algo exótica, un encanto embriagador, extraño y lleno de viveza.

—Es de raza esta niña (pensaba Chantenay, evocando con la imagen de Noris la idea de un caballo de pura sangre); ¡diez y nueve años, y se peina como una abuela!

Pensando en aquel cabello negro y aquellos ojos sombríos, se despertaban en él todas las curiosidades de glotón de veinte años, y, si no hubiera sido ridículo en él, en él, que se envanecía de no haber dado el primer paso en amor, habríase creído enamorado.

¡Enamorado de la hija de un emborrionador de papel nada conocido, él, que sucedía á su padre en los caprichos de las mujeres del teatro y de la nobleza! ¡Enamorado el príncipe René, *la flor del chic*, como se le llamaba en el salón de baile y en otras muchas partes! ¡Qué locura, si no fuera imposible, evidentemente imposible! Él mismo se burlaba de aquella turbación particular, de aquella intranquilidad que sentía al pensar en la joven medítabunda y sonriente; pero de esto á enamorarse de «la pequeña»...., ¡qué desatino!.... Que fuera á casa de Vérignon, menos por el banquero que por ella; que escuchase con dulce estremecimiento á Dinorah cuando cantaba al piano, con su voz profunda y arrebatadora; que le causara placer hablar con la joven en voz baja, y adivinarle en los ojos el

pensamiento; que el contacto de su mano en un baile le causara una impresión inesperada y deliciosa...., el Príncipe no hubiera vacilado en confesar que todo esto le producía una verdadera embriaguez. Pero de esto al amor había notabilísima distancia, á Dios gracias, y el príncipe Beaumartel de Chantenay, el guapo y corrompido joven de veinte años, no se dejaba coger tan fácilmente en el lazo.

Lo más grave era que Noris, menos experta en aquella esgrima, sentía, al ver á Chantenay, una satisfacción singular, sencilla en un principio, febril después. Viviendo siempre sola con el fabricante de folletines, nunca había penetrado en otro mundo que el de las novelas y los libros: todos sus placeres y todas sus alegrías eran sencillamente literarias. Pasando las noches en el teatro y los días en el Louvre; empleando meses enteros en copiar los folletines de que Feraud quería conservar el borrador al darlos á los editores, ella sólo conocía de la vida lo que aquel anciano, que no sabía nada, le había enseñado. Su presentación en casa de Vèrignon, donde Feraud, orgulloso de su hija, la obligaba á cantar, y las frases lisonjeras del joven Príncipe, banalidades de madrigal que hubieran parecido ajadas como un ramo de flores viejo á una bailarina, parecían á Noris algo perfumado y exquisito, que se repetía después con rubores y miedos, como si hubiera respirado un saquillo de esencias procedente de él.

La lisonjeaba, por otra parte, que el Príncipe se ocupase en ella más que en tantas otras mujeres bonitas y célebres, cómicas y cantantes, que Vèrignon reunía en las fiestas dadas en sus salones del

boulevard Haussmann, en aquellos salones tan profusamente dorados, como si todas las pepitas de Sierra-Fuente hubieran contribuido al adorno.

Dinorah sabía que el joven Querubín arrastraba los ojos y los corazones; siendo en París lo mismo que su padre había sido veinte años antes. Esta dinastía continuaba, mientras todas las demás se deshacían, y *Flor del Chic* florecía entre los escombros, al hundirse cuanto el General príncipe de Chantenay había antiguamente amado.

En el gran salón de su palacio, cuyos balcones miraban al parque Monceau, el retrato de cuerpo entero de un hombre de cincuenta años, con un uniforme de General, llevado más como el frac en una reunión que como una vestimenta reglamentaria, mostraba sus ojos fijos de un azul pálido. Rostro sonriente, bigotes rubios y retorcidos en punta, dejando ver sus labios pequeños, burlones, pálidos y anémicos. Toda la vida de aquel hombre, joven aún, pero gastado evidentemente, soldado pálido por las noches de baile y no bronceado por los días de marcha, parecía haberse refugiado en sus pupilas claras, extrañamente pensativas y de mirada cansada. Derecho y altivo, aquel General cortesano, calvo, y peinándose junto á la frente unos mechones rubios, —retrato que, según la frase consagrada, estaba hablando, —transparentaba el desdénoso disgusto que sentía por la vida. Se adivinaba en aquel soldado con la espada en el cinto y su bastoncillo en la mano, una especie de *clubman* disgustado, valiente, seductor y capaz de jugar su vida á una carta.

Tal era el padre.

Flandrin había pintado aquel retrato cuando el

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO RIVERA"

1625 MONTERREY, MEXICO

29835

general príncipe Beaumartel de Chantenay marchaba á Dresde, encargado de asistir como representante de la corte de Francia al casamiento de una princesa sajona con un archiduque de Austria. M. de Chantenay personificaba entonces, á pesar de su medio siglo, que para él hubiese debido contarse doble, todas las elegancias francesas: ese algo fino y orgulloso que se encuentra hasta en los desórdenes de un Richelieu ó la brutalidad de un Lauzun. Gran señor de maneras distinguidas, capaz de oír y de hablar el argot del boulevard y hasta el de los barrios bajos, como oía y hablaba la jerga de la caza y del turf, el príncipe de Chantenay era á los cincuenta años el tipo completo del francés envidiado, imitado y objeto de adulación. Medio diplomático y medio soldado, valiente con la espada, que manejaba con igual facilidad que la pluma, después del 1852 había figurado en las asambleas parlamentarias. En las comisiones del Palacio Borbón paseaba con su elegancia desdeñosa, disgustándose pronto de las vulgaridades de la política, y tan fuera de lugar se había encontrado entre aquellos burgueses satisfechos que le saludaban respetuosamente, como en el Faubourg, que le cansaba. Para ocuparse en algo, se había casado con una alta dama de provincia que le había parecido bonita, y que le cansó en breve, y reclamando servicio activo al ocurrir la guerra de Crimea, tomó en sus cuadras un caballo de carrera para caracolear en el estado mayor del mariscal de Saint-Arnaud, salvar las alturas de Alma, y tomar parte en el asalto de Malakoff, sonriendo como si estuviese en una fiesta hípica, al frente de los zuavos, y caer á tierra, al estallar un obús, con una herida en la

frente y una bala en el vientre. El día anterior le habían comunicado el nacimiento de su hijo.

En la ambulancia, adonde fué conducido el príncipe de Chantenay, pidió un espejo y quiso mirarse; pero la sangre, corriéndose desde la frente á la mejilla, le mojaba los bigotes. Entonces hizo buscar vinagre de tocador, mojó su pañuelo en el agua de Lubin, lavó su herida, y escribió dos cartas, una á la Princesa, á la cual conocía muy poco, y otra á aquel hijo á quien no conocía ni había de conocer jamás: cerradas ambas cartas, se tendió en su lecho de campaña, y cerró los ojos como para dormir.

Se sentía perdido.

Uno de sus antiguos camaradas de África, el coronel Robin, acudió á cumplimentarle en nombre del Comandante en jefe.

—Dale por mí las gracias, Robin (dijo el Príncipe). ¿Y los señores rusos? ¿No han hecho saltar nada hasta ahora?

—Nada.

—Son muy capaces de ello, porque son valientes esos condenados. ¿Luego he visto la toma de Malakoff? Esto bien vale por un baile de la Opera.... ó más. ¡Adiós, Robin!

—Á más ver,—dijo éste.

—¡Ah! Tú crees que se vuelve uno á encontrar.... ¡Bah!.... Para las gentes á quienes había yo de encontrar, es preferible que acabe todo aquí.

Sólo recobró su seriedad para decir á su ayudante, el joven marqués de Ferdys, herido también, y que se hallaba á su lado con la cabeza envuelta en trapos y su brazo en cabestrillo:

—Una cosa me disgusta, querido Ferdys, y ya

la comprenderéis al pasar de los cuarenta. Me hubiera divertido ser padre.... Viejo Robin, si vives bastante para conocer á mi chico hecho hombre, y vos, Ferdys, que veréis salir el bigote al mamón, decidle que procure vivir mejor que su padre, y que se contente con morir como él: limpiamente. Dejadme dormir ahora, y descansad, Ferdys.

Enfrente del retrato de aquel hombre, en un marco dorado que le servía de *pendant*, se veía la imagen de un joven de veintitres años, rubio, de una palidez triste y ojos fatigados, pero elegante y fino, pintada por Cabanel, como la otra lo había sido por Flandrin. Había en la actitud algo altiva del *clubman* como un reflejo de la singular elegancia del Príncipe muerto. El mismo talle delicado, muñecas débiles y pies pequeños, y aspecto nervioso. La melancolía burlona del hombre arrojaba en aquellas facciones juveniles una especie de cansancio precoz y de disgusto pesado, y aun de sombría tristeza: sus labios eran más rojos por la sangre materna. El gabán, estrechamente abotonado y entallado, carecía de la descuidada elegancia del uniforme de su padre. El cuello recto y cortado en las puntas, según las reglas. Un verdadero grabado de modas, traducido y corregido por un maestro.

Éste era el hijo.

En un fondo de tapicería de tono obscuro, el joven Príncipe se había empeñado en que el artista pintase heráldicamente las armas de Chantenay-Beaumartel, como sus criados las representaban diariamente en arena sobre el suelo de su cuadra. El Príncipe conceptuaba aquel blasón como una aureola, y en todas partes se veía en su palacio el mar-

tillo de oro de los Chantenay, de que hablan Alberto de Aix y Guillermo de Tyr en la *Historia de las Cruzadas*.

Los Beaumartel de Chantenay llevaban en azul el martillo de oro, desde que su antepasado Engelberto, en el palacio de Salomón y un sábado 16 de Julio, había golpeado á martillazos á los sarracenos al lado de Arnoul de Roie y de Roberto de Flandes en la primera Cruzada: «Entonces, á despecho de la bandera de Tancredo, que cubría á los malvados, Engelberto golpeaba sobre la mala raza de los sarracenos, y á sus golpes fueron destruidos para la liberación de la ciudad santa muchos gentiles que gritaban en su jerga: «Beaumartel (1), que »tomas nuestras espaldas y cráneos por yunque, »perdónanos por piedad y haznos gracia». De aquí que el nombre de *Beaumartel* quedase para siempre al señor de Chantenay».

El pequeño René conocía vagamente estas historias, y su mano fina y cubierta de guante no habría podido levantar siquiera el martillo de hierro de aquel Engelberto, dormido hacía ya siglos. La herencia de familias diversas mezclaba la sangre en sus venas, y á la impertinencia del difunto duque Gerardo reunía el joven Príncipe la frialdad y la rareza casi moscovitas de su madre, descendiente á su vez de los grandes maestros de los hombres de armas, educada por una institutriz francesa en el castillo de Wenden, junto á Riga; extraña criatura, con tristezas frías como una niebla del Báltico y ardores de nieve fundida. La Princesa, que no había dado que hablar de ella desde la muerte de

(1) Martillo hermoso.

su esposo, vivía con su hijo, sin verle apenas, entre religiosa y morfeómana, fumando cigarrillos, reclinada sobre un canapé, como una de esas rusas que parecen orientales conservadas en hielo. La Princesa pasaba por inspirar algún terror á su hijo, aunque éste no temía á nada ni á nadie, fuera de la pasión y del ridículo, dos verdaderos vicios para él.

Tal era el príncipe azul que Noris había visto aparecer, como el rey encantador que se presentaba á Florina en los cuentos, con corazones de rubíes sujetos por cadenas de perlas. Le había amado inmediatamente, y él la había turbado hablándola un lenguaje completamente nuevo; sabiendo con su destreza mundana tocar hábilmente la cuerda sensible, y divirtiéndose con aquello que era para él como un entreacto en que se habla con confianza y por matar el tiempo, y para ella la obra misma en cuya representación ponía toda su alma. Él le había dicho repetidas veces, y al parecer con sinceridad, que deseaba la ocasión de mostrarle su adhesión, mayor cada día, tanto á ella como á su padre.

—¡Probad, y os convenceréis!

—Espero no necesitar ponerlos á prueba.

Y como Noris sonriese entonces, él decía seriamente:

—¡Quién sabe!

Y cuando Noris repetía á su padre, el Señor secretario general de las minas de Sierra-Fuente, las palabras del Príncipe, aquel movía la cabeza con aire de suficiencia.

—¡Ves, Dinoreta, lo que son las cosas de este mundo?... Si necesitase de alguien, no le encon-

traría: ahora que, gracias á Vèrignon, no necesito de nadie, gracias á mi soberbio empleo, encuentro nada menos que un Príncipe pronto en mi auxilio. ¡Y qué Príncipe! Una verdadera potencia hoy....

Desde el arresto del desgraciado, Noris había recordado frecuentemente las frases de Eugenio Feraud:

—¡Una potencia!

Y se aferraba á aquella frase como á su última esperanza, para que protegiese á Feraud y la apoyase á ella en sus protestas contra aquel acto inicuo. Confiada ella exclusivamente en René, se decía que un hombre de su rango, un Príncipe tan bien relacionado, todo lo podría, hasta salvar de su hundimiento á aquel pobre hombre á quien cruel y estúpidamente se deshonoraba. En el cuarto del *Hotel de Enrique IV* había pensado en un principio ir directamente á casa del señor de Chantenay, para que éste hablase á los jueces. ¿Qué mejor ocasión de demostrarle su propósito de servirla? Hasta entonces nada había intentado ni pedido, por parecerle que esto hubiera sido poner en duda la buena causa del acusado: la inocencia de su padre debía brillar ante la luz del día en pleno tribunal. Estaba tan segura como Feraud de que aquel proceso constituiría un triunfo, de que saldría con la frente muy alta.

Pero ya era necesario intentarlo todo para que se hiciera justicia al sentenciado.

Cierto que no tenía título alguno para presentarse en el palacio de Chantenay: en la amiga, como él la llamaba en sus conversaciones, habría de ver á la pretendiente. Y, sin embargo, tantas

veces había repetido: «Quisiera demostraros cuánta afección y... amistad tengo hacia vos», que bajo aquel nombre de «amistad» parecía ocultarse otro sentimiento muy singular, intranquilo y dulce, á pesar de cierto sufrimiento cuya profundidad no se atrevía ella misma á examinar, porque la turbaba y obraba en ella como una pesadilla.

Y ¿por qué vacilar en acudir á un Chantenay, cuando se trataba de la libertad de su padre?

Noris carecía en París de parientes y amigos. Desde muchos años antes de encontrar á Vérignon, Eugenio Feraud vivía como un salvaje, buscando sólo la soledad al lado de Noris. Pero no es así como se crean protecciones, y aquel sexagenario necesitaba que se le protegiera, que se le levantara como á un niño caído.

Y esto, el Príncipe podría hacerlo, si se le atojaba.

Dinorah recordaba las frases que René murmuraba á su oído, entre dos romanzas cantadas en casa de Vérignon, ó mientras que algún músico tocaba al piano alguna sinfonía inédita ó un aria de ópera, aguardando empresario; protestas que le deslizaba en voz baja el príncipe de Chantenay, sentado detrás de ella, y reclinado sobre el sillón en que Noris se abanicaba soñando.

La joven ignoraba á punto fijo si era la música que escuchaba ó las dulces frases del joven lo que más le seducía. Las frivolidades del Príncipe daban un sentido más distinto á la melodía que vibraba entre las bujías de las arañas; la música subrayaba con su encanto sensual las galanterías de salón que pronunciaba M. de Chantenay. Y Noris volvía llena de turbación á su casa de la calle Brochant, pre-

guntándose si el Príncipe le había dicho claramente que la amaba.

No, no se lo había dicho: ella habría interrumpido la declaración al escaparse de los labios del joven; pero éste había dicho y repetido, lo recordaba como si lo estuviera oyendo, cuánta era su lealtad hacia ella, y la rogaba que dispusiera de él sin temor, si alguna vez....

¿Preveía que el honor del viejo pudiera verse comprometido algún día? ¿Conocía bien á Vérignon? ¿Qué quería decir el Príncipe al expresarse como se había expresado?

Noris no intentaba saberlo; conocía que podría dirigirse á él, y, hecho el ofrecimiento, iba á ponerle á prueba.

Sólo que lo haría por escrito: su confesión, ó, mejor, su súplica sería más fácil confiada al papel. Cara á cara no podría hablarle; si él la miraba con sus ojos de cristal azul, algo duros, no podría explicarle por qué se dirigía á él como el único ser en quien tenía confianza. Temía decir demasiado, y que su secreto se escapase con la sangre de su corazón. Una carta no lo dice todo; pero puede decir lo suficiente.

Y Noris, mientras escribía, se repetía, para darse valor, las palabras del Príncipe: «No tenéis mejor amigo que yo....» El mejor.... ¡si la pobre niña no tenía ninguno! ¿Y si M. de Chantenay no le contestaba?... Pero sí contestaría: estaba segura de ello.

La carta, rápida, elocuente como un grito de desesperación, pintaba en pocas palabras la sombría realidad: ella, medio loca; Feraud aniquilado con la sentencia. Dosserses heridos simultáneamente

en el corazón por la sentencia. ¡Y ambos, tanto el padre como la hija, inocentes! Antes de apelar de los jueces de hoy á los jueces de mañana, Dinorah Feraud se dirigía al príncipe Beaumartel de Chantenay. Sola, aterrada, miraba en torno suyo buscando un sostén, y hasta perdonaría al miserable Vérignon,—en cuya casa se habían conocido,—la innoble aventura en que había precipitado al anciano, si el príncipe de Chantenay, fiel á su promesa, acudía á ella á la primera noticia de un peligro.

Terminada la carta, se la entregó á la vieja Victorina, que aguardaba mirando á la señorita cerrar el sobre, y tomó aquel papel cerrado como habría tomado la receta de un médico, para marchar apresuradamente á que preparasen la medicina, mirando lo escrito en el sobre con respeto supersticioso. Le parecía que entre sus manos llevaba la salvación del señor.

—Anda ligera, Victorina.

Y Victorina no hacía otra cosa desde por la mañana, sin gran resultado.

La vieja desapareció, y Noris la vió alejarse como una sombra nocturna, pasando la verja del parque, y volvió á la mesa, mirando el lugar desierto que su padre debía haber ocupado.

Sus fuerzas se habían extinguido. Bajo la lámpara que iluminaba su cuello, de una blancura láctea, con sus cabellos negros que se desanudaban, dejó caer la cabeza entre las manos; y rompió á llorar sobre aquel mantel donde Victorina había puesto cubierto para el desgraciado que se hallaba en un calabozo de Mazas, servido por algún carcelero, logrando que su crisis nerviosa se desahogara

en un mar de lágrimas. Y en aquel aislamiento que le producía la atroz sensación de hallarse huérfana, la hermosa criatura, de orgullosas energías, no tenía en sus labios, en su llanto y en sus gritos más que estas frases de niño, entrecortadas desde el fondo de su dolor, como si salieran de una cuna:

—¡Papá!... ¡Querido papá!... ¡Papá!...

Y le parecía que iba á escuchar aquel llamamiento infantil, que antiguamente le hacía acudir, cuando ella tenía miedo ó sufría algún dolor, y que, abriéndose de repente la puerta, la cogería entre sus brazos y le gritaría, besándola en la frente: «¿Estás loca? ¡Si me tienes aquí! ¿Qué te pasa? ¿Qué te han hecho, Noris mía?»

¡Pobre Eugenio Feraud! ¿Podría siquiera volver á verle?